

galante. La boca de la alcantarilla de la calle de la Mortellerie era célebre por el hálito apestoso que despedía; con su verja de hierro con puntas agudas, simulando una hilera de dientes, aparecía en aquella calle fatal como una boca de dragon soplando el infierno sobre los hombres. La imaginacion popular sazonaba aquel sombrío sumidero parisiense con cierta mezcla horrible de infinito. La cloaca carecía de fondo. La cloaca era el hátrato. Ni siquiera ocurría á la policia de París la idea de explorar aquellas regiones leprosas. Arriesgarse en aquella region desconocida, lanzar la sonda en aquellas sombras profundas y tenebrosas, ir á descubrir los escondrijos de aquel abismo, ¿quién habria osado hacerlo? Esto era una cosa espantosa, imposible. Sin embargo, uno al fin se presentó. La cloaca tuvo tambien su Cristóbal Colon.

Era un día del año 1803, cuando, en una de aquellas raras apariciones que el emperador solia hacer en París, llegó el ministro del interior á verle por la mañana, á la primera hora. Oíase en el Carrousel el chirrido de los sables arrastrando, de todos aquellos soldados extraordinarios de la gran república y del grande imperio; habia un número infinito y una grande confusion de héroes á la puerta de Napoleon; hombres del Rhin, del Escalda, del Adigio y del Nilo; compañeros de Joubert, de Desaix, de Marceau, de Hoche, de Kléber, ingenieros aeróstatas de Fleurus, granaderos de Maguncia, pontoneros de Génova, húsares que habian sido mirados por las Pirámides, artilleros á quienes habia salpicado la bomba de Junot, coraceros que habian tomado por asalto la flota anclada en el Zuyderzée; unos que habian seguido á Bonaparte en el puente de Lodi, otros que habian acompañado á Murat en la trinchera de Mantua, otros en fin que se habian anticipado á Lan-

nes en la profunda calzada de Montebello. Todo el ejército de aquella época se hallaba allí representado en el patio de las Tullerías, por una escuadra ó por un peloton, y guardando á Napoleon en reposo; era aquella la época espléndida en que el grande ejército tenía tras sí á Marengo y delante á Austerlitz. — Sire, dijo el ministro del interior á Napoleon, ayer he visto al hombre más intrépido de vuestro imperio. — ¿Qué hombre es ese, repuso bruscamente el emperador, y qué es lo que ha hecho? — Quiere hacer una cosa, sire. — ¿Qué cosa? — Visitar las alcantarillas de París.

Este hombre existia y se llamaba Bruneseau.

IV

DETALLES IGNORADOS

La visita tuvo lugar, en efecto. Fué esta una campaña formidable; una batalla nocturna contra la peste y la asfixia; y al mismo tiempo fué un viaje de descubrimientos. Uno de los que aún sobrevivían de aquella exploración, obrero inteligente, muy joven entonces, refería hace pocos años los curiosos detalles que Bruneseau creyó deber omitir en su informe al prefecto de policía, como indignos del estilo administrativo. Los procedimientos desinfectantes eran en aquella época muy rudimentarios. Apenas hubo llegado Bruneseau á las primeras articulaciones de la red subterránea, cuando ocho trabajadores, de los veinte que le acompañaban, se negaron á pasar más adelante. La operación era complicada; la visita llevaba consigo la limpieza; por consiguiente, era preciso limpiar, y al mismo tiempo hacer

las mediciones oportunas; notar las entradas de agua, contar las verjas y las bocas, detallar los ramales, indicar las corrientes en todos los puntos de división, reconocer las circunscripciones respectivas de los diferentes depósitos, sondear las alcantarillas pequeñas insertas en la grande alcantarilla, medir la altura bajo llave de cada pasillo, y también el ancho de los mismos, tanto en el nacimiento de las bóvedas como á flor del zampeado, y por último, determinar las ordenadas de la nivelación en la vertical de cada entrada de agua, lo mismo del zampeado de la cloaca que del suelo de la calle. Iban así avanzando penosamente. Con frecuencia, las escaleras de descenso se sumergían hasta tres pies de profundidad en el fango. Los faroles agonizaban entre la espesura de los miasmas. De vez en cuando se llevaban un pocero desmayado. En ciertos parajes, hallaban precipicios. El suelo se había hundido, las baldosas se habían precipitado al fondo del abismo, y la cloaca se había transformado allí en un pozo perdido; ya no se hallaba terreno sólido; un hombre desapareció bruscamente, y costó mucho trabajo el sacarle al fin. Siguiendo el consejo de Fourcroy, encendían de trecho en trecho, en los sitios suficientemente salubres, grandes cajas llenas de estopa empapada en resina. Las paredes se hallaban cubiertas en muchos parajes de ciertas excrescencias ó fungosidades diformes, como otros tantos tumores; y hasta las mismas piedras parecían enfermas en aquella atmósfera irrespirable.

Bruneseau procedió en su exploración desde arriba hacia abajo. En el punto de división de las dos cañerías de agua del Grand-Hurleur, descifró en una piedra que formaba relieve la fecha de 1550; aquella piedra indicaba el límite en el cual se detuvo Filiberto Delorme, encargado por Enrique II de visitar las alcantarillas sub-

terráneas de París. Aquella piedra era la marca del siglo diez y seis impuesta en las cloacas; Bruneseau encontró también la señal implantada allí por el siglo diez y siete, en el conducto del Ponceau y en el de la calle Vieille-du-Temple, abovedados entre 1600 y 1650, y la obra del siglo diez y ocho en la sección occidental del canal colector, abierta y abovedada en 1740. Estas dos bóvedas, sobre todo la ménos antigua, la de 1740, se hallaban más greteadas y más decrepitas que la mampostería de la alcantarilla del recinto, la cual databa de 1412, época en que el arroyo de aguas claras de Ménilmontant fué elevado á la dignidad de Gran-Cloaca de París, ascenso análogo al de un labrador que se convirtiera en primer ayuda de cámara del rey; algo parecido á Gros-Jean transformado en Lebel.

Creyeron reconocer, en ciertos parajes, principalmente bajo el Palacio de Justicia, como unos alvéolos de antiguos calabozos practicados en la misma cloaca. Horrible *in pace*. En una de aquellas células pendía una argolla de hierro. Á todas ellas las pusieron un cerco. Hicieron algunos hallazgos bastante raros; entre otros, el esqueleto de un orang-utang que habia desaparecido del Jardin de las Plantas en 1800, y cuya desaparición fué probablemente connexa á la famosa é incontestable aparición del diablo en la calle de los Bernardinos durante el último año del siglo diez y ocho. El pobre diablo habia concluido por ahogarse en las alcantarillas.

Bajo aquel largo corredor cimbrado que va á parar al Arche-Marion, un cuévano de trapero, perfectamente conservado, causó grande admiración á los conocedores. Por todas partes abundaba en objetos preciosos el cieno, que los poceros llegaron pronto á manejar con la mayor intrepidez, entrando alhajas de oro y plata, pedrerías y moneda. Si un gigante hubiera filtrado aquella

cloaca, habria obtenido en su tamiz la riqueza de los siglos. En el punto de intersección de los dos ramales de la calle del Temple y de la calle de Saint-Avoye, recogieron una singular medalla hugonota, de cobre, la cual tenia grabados, en un lado un cerdo que llevaba puesto en la cabeza un capelo de cardenal, y en el otro un lobo cubierto con la tiara.

El encuentro más sorprendente de todos se hizo á la entrada de la Grande-Alcantarilla. Esta entrada habia sido cerrada en otro tiempo por una verja de la cual no quedaban ya sino los goznes. De uno de estos goznes pendía una especie de arambel ó trapo informe y manchado que, detenido allí sin duda al pasar, quedó flotando en la oscuridad y acababa de despedazarse y de consumirse en aquel pudridero. Bruneseau acercó su farol y examinó aquel pingajo. Era de rica y finísima batista, y en una de sus puntas, ménos raída que el resto, distinguíase una corona heráldica bordada sobre estas siete letras: LAVBESP. La corona era una corona de marqués, y las siete letras significaban *Laubespine*. Reconocióse que lo que se tenía á la vista no era otra cosa que un pedazo del sudario de Marat. En la juventud, Marat habia tenido sus amores. Era esto cuando él formaba parte de la casa del conde de Artois, en calidad de médico de las caballerizas. De estos amores, históricamente comprobados, con una alta señora, le habia quedado aquella sábana. Trofeo, ó recuerdo. á su muerte, como aquella sábana era el paño de hilo más fino que le hallaron en su casa, le habian amortajado en ella. Unas viejas envolvieron en aquel lienzo que le habia servido para la voluptuosidad, al trágico Amigo del pueblo para enviarle á la tumba. Bruneseau pasó adelante. Dejaron aquel trapo donde se hallaba, sin tocarle. ¿Fué por desprecio, ó por respeto? Ambas

cosas merecía Marat. Y además, el destino se hallaba allí bastante bien indicado y justificado para que nadie se atreviera á tocarle. Por otra parte, es preciso dejar á las cosas del sepulcro el lugar que ellas se escogen. En suma, la reliquia era bien extraña. Una marquesa habia dormido en ella; Marat se habia allí podrido; habia atravesado el Pantheon para ir á parar á las ratas del sumidero. Aquel harapo de alcoba, cuyos pliegues todos habria dibujado Watteau alegremente en otro tiempo, habia concluido por ser digno de la mirada fija del Dante.

La visita total de las vias subterráneas que recorren las inmundicias de París duró siete años, de 1805 á 1812. Sin dejar de caminar. Bruneseau diseñaba, dirigia y realizaba trabajos considerables; en 1808, bajó el zampado del Ponceau, y, abriendo nuevas líneas en todas direcciones, hizo avanzar la cloaca, en 1809, bajo la calle de Saint-Denis hasta la fuente de los Inocentes: en 1810, bajo la calle del Froid-manteau y bajo la Salpêtrière; en 1811, bajo la calle Neuve-des-Petits-Pères, bajo la calle del Mail, bajo la calle de la Echarpe, y bajo la plaza Real; en 1812, bajo la calle de la Paz y bajo la Chaussée-d'Autin. Al mismo tiempo, desinfectaba y hacía salubre toda la vasta red del alcantrillado de París. Desde el segundo año de sus trabajos, Bruneseau se habia hecho acompañar por su yerno Nargaud, en calidan de adjunto.

Así pues fué cómo, á principios de este siglo, la vieja sociedad limpió su forro interior é hizo la toilette de su albañal. Al fin y al cabo siempre hubo esto limpio.

Tortuosa, hendida, desempedrada, cuarteada, cortada por mil hoyadas y barrancos, traqueada por extraños recodos, subiendo y bajando sin lógica, fétida, huraña, salvaje, sumergida en la oscuridad, con cica-

trices en sus baldosas y chirlos en sus paredes, espantosa, tal era, vista retrospectivamente, la antigua cloaca de París. Ramificaciones en todos sentidos, cruzamientos de trincheras, ramales, patas de ganso, estrellas, como en las obras de mina y de zapa, cœcums, callejones sin salida, bóvedas solitrosas, sumideros infectos, resumos herpéticos en las paredes, gotas cayendo de los techos, tinieblas; nada igualaba al horror de aquella antigua crypta exutoria, aparato digestivo de Babilonia, antro, fosa, abismo atravesado de calles, topera titánica donde el espíritu cree ver rondar, al traves de las sombras, en medio de aquellas inmundicias que ántes fueron esplendores, este enorme topo ciego, el pasado.

Esto, repetimos, era la cloaca de otros tiempos.

la poesía, parece haberse refugiado en la arquitectura, se ofrece mezclado con todas las piedras de aquella larga, blanquiza y tenebrosa bóveda; cada desagadero es una arcada; la calle de Rívoli hace escuela hasta en la cloaca. Por lo demás, si la línea geométrica está en su lugar en alguna parte, seguramente es en la zanja estercoliza de una gran ciudad. Allí debe subordinarse todo al camino más corto. La cloaca ha adquirido hoy cierto aspecto oficial; y aún los informes de policía de los cuales suele ser objeto á veces, no la faltan ya nunca al respeto. Los términos que la caracterizan en el lenguaje administrativo son decentes y dignos. Lo que llamaban intestino, hoy se denomina galería, y lo que se conocía simplemente bajo el nombre de agujero, hoy se apelida atabe. Villon no conocería ya su antiguo albergue de circunstancias. Esa red de cuevas encierra siempre su población inmemorial de roedores, hoy más pululante que nunca; y de vez en cuando, una rata de antiguos bigotes arriesga su cabeza á la ventana de una cloaca y se pone á observar con descaro á los parisienes; pero esta misma bichería se domestica ya, satisfecha como está de su palacio subterráneo. La cloaca no tiene hoy nada de su ferocidad primitiva. La lluvia, que ensuciaba las alcantarillas de otros tiempos, lava las alcantarillas de ahora. Sin embargo, no hay que fiar mucho en ellas. Los miasmas pútridos habitan allí siempre. La cloaca es más bien hipócrita que irreprochable. Por más que hagan la prefectura de policía y la junta de sanidad; en despecho de todos los procedimientos de salubricación, siempre exhala ella un olor vago y sospechoso, como Tartufo despues de la confesion.

Convengamos, no obstante, en que, de todos modos, el barrido es un homenaje que la cloaca rinde á la civilización, y que, bajo este respecto, la conciencia de Tartufo

V

PROGRESO ACTUAL

Hoy ya el albañal de París está limpio, frio, recto y correcto; realizando el ideal de lo que se entiende en Inglaterra por esta palabra « respetable. » Es pardusco, proporcionado; está tirado á cordel, y aún pudiera decirse que está prendido con veinticinco alfileres. Parece un abastecedor convertido en consejero de Estado. Ya casi se ve allí claro. El fango se porta decentemente. Al primer golpe de vista se le tomaria de buen grado por uno de aquellos corredores subterráneos tan comunes en otra época y tan útiles para la fuga de los monarcas y de los príncipes, en los buenos tiempos antiguos en que « el pueblo amaba á sus reyes. » Las alcantarillas actuales forman una magnífica cloaca, en la cual reina el estilo puro; el clásico alejandrino rectilíneo que, arrojado de

es un progreso sobre las cuadras de Augias; siendo indudable que las alcantarillas de París han mejorado mucho.

Es más que un progreso, es una verdadera transmutación. Entre la cloaca antigua y la cloaca actual hay toda una revolución. ¿Quién ha hecho esta revolución?

El hombre á quien todo el mundo olvida, á quien hemos llamado Bruneseau.

VI

PROGRESO FUTURO

La excavación de las alcantarillas de París no ha sido una tarea insignificante. Los diez últimos siglos han trabajado en ella sin cesar, y sin poder terminarla, como tampoco han podido terminar la ciudad. En efecto, la gran cloaca sufre naturalmente todas las consecuencias del ensanche de París. Es, bajo el suelo de la población, una especie de pólipo tenebroso, con mil antenas, que crece y se desarrolla en las regiones inferiores en la misma proporción y al mismo tiempo que la ciudad en las superiores. Cada vez que la ciudad abre una calle, la cloaca alarga un brazo. La antigua monarquía no había construido sino unos veintitres mil trescientos metros de alcantarillas; tal era la situación de París el 1.º de Enero de 1806. Á partir de esta época, de la cual volveremos á hablar pronto, la obra ha sido útil y enérgicamente recomenzada y continuada; Na-

poleon hizo construir, — los guarismos que siguen son bastante curiosos, — cuatro mil ochocientos cuatro metros; Luis XVIII, cinco mil setecientos nueve; Carlos X, diez mil ochocientos treinta y seis; Luis Felipe, ochenta y nueve mil veinte; la república de 1848, veintitres mil trescientos ochenta y uno; el régimen actual, setenta mil quinientos en suma, á estas horas, hay doscientos veintiseis mil seiscientos diez metros; sesenta leguas de alcantarillas; tales son las enormes entrañas de París. Ramificación oscura, siempre en trabajo; construcción ignorada é inmensa.

Segun acaba de verse, el dédalo subterráneo de París es hoy más que décuplo de lo que era á principios del siglo. Dificilmente puede nadie formarse cabal idea de toda la perseverancia y de todos los esfuerzos que ha habido menester para conducir esa cloaca al punto de perfección relativa en el cual se halla hoy. No sin mucho trabajo y dificultades fué cómo el antiguo prebostazgo monárquico y, en los diez últimos años del siglo decimooctavo, el ayuntamiento revolucionario de París, habian logrado perforar las cinco leguas de alcantarillas que existian de 1806. Obstáculos de todo género se oponian á esa operación y la dificultaban á lo sumo; los unos que provenian de la naturaleza del suelo, los otros inherentes á las mismas preocupaciones de la población laboriosa de París. París se halla edificado sobre un terreno extrañamente rebelde al azadon, á la pala, á la sonda, á toda herramienta humana. Nada más difícil de perforar y de penetrar que esa formación geológica á la cual se sobrepone la maravillosa formación histórica llamada París; desde el momento en que se emprenden y se aventuran las obras, bajo una forma cualquiera, en esa capa de aluviones, las resistencias subterráneas abundan. Tales son las arcillas líquidas, los madantiales de agua viva, la dura roca, y ese fango cenagoso y profundo que la ciencia especial

designa con el nombre de mostaza. El pico avanza laboriosamente en capas calcáreas alternadas con filones de greda muy delgados y con láminas esquistosas que tienen incrustadas en sus hojas numerosas conchas de ostras contemporáneas de los océanos preadamitas. A veces brota bruscamente un arroyo, hace reventar de improviso una bóveda comenzada é inunda á los trabajadores; ó bien es una corriente de marga que se abre paso y se precipita con la furia de una catarata, rompiendo como si fueran vidrio las más gruesas vigas de sosten. No hace mucho tiempo que, en la Villette, cuando se trató de hacer que pasara la grande alcantarilla colectora bajo el canal de San Martin, sin vaciarle, y sin interrumpir la navegación, abrióse una hendidura en el fondo del canal, y el agua abundó de repente en la cantera subterránea, más allá de toda la potencia de las bombas destinadas á extraerla; siendo necesario hacer que un buzo encontrara la hendidura, la cual se hallaba á la entrada del grande estanque, y no se logró tajarla sino con muchísimo trabajo. En otras partes, junto al Sena, y aún bastante lejos del rio, como por ejemplo en Belleville, Calle Mayor, y pasaje Lunière, se encuentran arenas sin fondo, donde se hunde uno con facilidad, y donde un hombre puede desaparecer en un momento. Añádase á esto la asfixia por los miasmas, los desplomamientos de terreno que dejan enterados súbitamente á los trabajadores, y el suelo que pierde de improviso su fondo y los precipita en un abismo. Agréguese también á todo esto el tífus, del cual se empregnan los obreros lentamente. En nuestros días, después de haber abierto la galería de Clichy, con banquetta para recibir una cañería maestra de agua del Ourcq, obra ejecutada en trinchera, á diez metros de profundidad; después de haber, en despecho de continuos hundimientos, á fuerza de esmeradas excavaciones, pútridas á veces, y de numerosos y ro-

bustos puntales, abovedado al fin la Bièvre del boulevard del Hospital hasta el Sena; despues de haber, para desembarazar á París de las aguas torrentosas de Montmartre, y para dar salida y corriente á ese vasto pantano fluvial de nueve hectáreas que se rebalsaba en las cercanías de la barrera de los Mártires; despues de haber, decimos, construido la línea de alcantarillas desde la barrera Blanca hasta el camino de Aubervilliers, en cuatro meses trabajando dia y noche, á una profundidad de once metros; despues de haber ejecutado, — cosa que no se había aún visto nunca, — subterráneamente una alcantarilla en la calle Barre-du-Bec, sin trinchera, á seis metros bajo el suelo, falleció el conductor Monnot. Despues de haber abovedado tres mil metros de alcantarillas en todos los puntos de la ciudad, desde la calle Traversière-Saint-Antoine hasta la calle de l'Ourcine; despues de haber, por medio del ramal de l'Arbalète, descargado de las inundaciones pluviales la encrucijada de Censier-Mouffetard; despues de haber construido la alcantarilla Saint-Georges sobre empedrado y argamasa en medio de arenas flúidas; despues de haber dirigido el formidable descenso de zampado del ramal de Notre-Dame-de-Nazareth, falleció el ingeniero Duleau. Y no hay despachos oficiales, no hay partes de campaña que relaten y consignent estos actos de bravura, más útiles sin embargo que la cruel y estúpida carnicería de los campos de batalla.

En 1822, las alcantarillas de París distaban mucho de ser lo que hoy son. Bruneseau había dado el impulso, pero fué menester el cólera para determinar la vasta reconstrucción que ha tenido efecto despues. Es sorprendente decir, por ejemplo, que en 1821, una parte del alcantarillado del recinto, llamada el Gran Canal, como en Venecia, se encharcaba aún á cielo raso, al descubierto, en la calle de Gourdes. Hasta el año de 1823 no encontró la ciudad de

París en su bolsillo los doscientos sesenta y seis mil ochenta francos y seis centavos necesarios para cubrir aquella indecencia. Los tres pozos absorbentes, del Combate, de la Cunette y de Saint-Mandé, con sus desagüeros, sus aparatos, sus sumideros y sus ramales depuratorios, no datan sino del año 1836. El canal intestinal de París ha sido renovado y rehecho, segun hemos dicho, y más que decuplado, de un cuarto de siglo á esta parte.

Treinta años há, en la época de la insurrección del 5 y 6 de Junio, era aún, en muchos sitios, casi el antiguo alcantarillado. Un gran número de calles, hoy combadas, eran entónces calzadas abiertas. Veíase muy á menudo, en el punto de declive adonde iban á parar las vertientes de una calle ó de una encrucijada, grandes verjas cuadradas, de gruesos barrotes, cuyo hierro brillaba, bruñido por las pisadas de la muchedumbre, peligrosas y resbaladizas para los carruajes, y que hacian caer á veces á los caballos. El lenguaje oficial de puentes y calzadas daba á aquellos puntos declives y á aquellas verjas el nombre expresivo de *Cassis*. En 1832, en una porción de calles, calle de la Estrella, calle de San Luis, calle del Temple, calle de Nuestra-Señora-de-Nazareth, calle de Folie-Méricourt, muelle de las Flores, calle del Petit-Musc, calle de Normandía, calle del Pont-aux-Biches, calle de los Marais, arrabal San Martin, calle de Nuestra-Señora-de-las-Victorias, arrabal Montmartre, calle de la Grange-Batelière, los Campos Eliseos, calle de Jacob, calle de Tournon, la vieja cloaca gótica mostraba aún sus bocas cínicamente. Eran unas enormes aberturas escotilladas, y á veces rodeadas de guardacantones con un descaro monumental.

En 1806, París se hallaba aún casi en el mismo guarismo del alcantarillado que se justificó en Mayo de 1663: cinco mil trescientas veintiocho toesas. Despues de Bruneseau, el 1.º de Enero de 1832, había cuarenta mil trescien-

tos metros. Desde 1806 hasta 1831, se habían construido anualmente, por término medio, setecientos cincuenta metros; después se han ido construyendo todos los años ocho y aún diez mil metros de galerías, en mampostería de cascote enfoscado de cal hidráulica sobre fundaciones de argamasa. Á doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarillado de París actual representan cuarenta y ocho millones de francos.

Además del progreso económico que hemos indicado al principio, graves problemas de higiene pública se relacionan con esta inmensa cuestión: la cloaca de París.

París se halla entre dos lomas ó capas, una loma de agua y otra de aire. La loma de agua, yacente á una profundidad subterránea bastante grande, pero tentada ya por dos taladros sucesivos, está suministrada por la capa de piedra arenisca ó asperon verde situado entre la creta y el calcáreo jurásico; esta capa puede ser representada por un disco de veinticinco leguas de radio; una multitud de riberas y de arroyos se rezuman en ella; en un vaso de agua del pozo de Grenelle, se bebe el Sena, el Marne, el Yonne, el Oise, el Aisne, el Cher, el Vienne y el Loire. La loma de agua es salubre, viene primero del cielo, y después de la tierra; la loma de aire es malsana, viene de las alcantarillas. Todos los miasmas de la cloaca se mezclan en la respiración de la ciudad; de aquí ese hálito desagradable. Hase comprobado científicamente, que el aire tomado encima de una esterquera, es más puro que el aire tomado encima de París. En un tiempo dado, y ayudando el progreso, perfeccionándose los mecanismos y difundiéndose la claridad, se empleará la capa de agua para purificar la capa de aire: es decir, para lavar las alcantarillas. Sabido es ya que, por lavar las alcantarillas, entendemos nosotros: restituir el fango á la tierra; enviar el estiércol al suelo, el abono á los campos.

Por este hecho, tan sencillo, habrá para toda la comunidad social, disminución de miseria y aumento de salud. Á la hora en que nos hallamos, el radio de las enfermedades de París se extiende hasta cincuenta leguas al rededor del Louvre, tomado como núcleo ó como cubo de esta rueda pestilencial.

Podría decirse que, de diez siglos acá, la cloaca es la enfermedad de París. El vasto sumidero de las alcantarillas es el vicio que la ciudad tiene en la sangre. El instinto popular no se ha engañado en esto jamás. El oficio de pocero era en otro tiempo casi tan peligroso, y casi tan repugnante al pueblo como el oficio de descuartizador de los animales muertos, el cual se tuvo en horror por mucho tiempo, en términos de abandonársele al verdugo. Era menester una retribución muy fuerte para decidir á un abañil á que desapareciese en esa zapa hedionda; la escalera del pocero vacilaba al sumergirse; decíase proverbialmente: *bajar á la cloaca es entrar en la fosa*; y toda especie de horrosas leyendas, como hemos dicho ya, cubrían de espanto aquel albañal coloso; sentina temible y temida, que ostenta la huella de las revoluciones de los hombres, y donde se hallan vestigios de todos los cataclismas, desde las conchas del diluvio hasta el arambel de Marat.